

Un elocuente testimonio sobre la otra Colombia

Don Armando Montaña Ríos. Una historia oral de la acción colectiva del Guaviare, 1970-2010

HENRY SALGADO RUIZ

Pontificia Universidad Javeriana, Bogotá, 2018, 138 pp.

CUANDO SE nombra a nuestro país siempre debería precisarse de qué Colombia se está hablando, porque existen por lo menos dos Colombias: una, la de las grandes ciudades (empezando por Bogotá), y otra, la constituida por el resto del territorio, rural y selvático. No es que la primera, la de las ciudades, sea homogénea, pues allí existen terribles diferencias y desigualdades de clase, de índole económica, social y educativa; sino que está cada vez más alejada del mundo rural y agrario, como si no tuviera ningún nexo social, cultural e histórico con el campo colombiano. Este constituye otro país, atterradamente desconocido como si no existiera para los habitantes urbanos, que no son ciudadanos en el sentido estricto de la palabra; más bien son urbanitas o citadinos, es decir, que no ejercen un papel autónomo y crítico como seres con derechos.

Esa otra Colombia tiene menos población (un 25% del total nacional), pero representa la mayor parte de nuestro territorio, en la que se encuentran regiones trascendentales como el Chocó, la altillanura oriental, el Catatumbo, la Amazonía, habitadas por colonos, campesinos, comunidades afrodescendientes o grupos étnicos. Esa Colombia es la más pobre, abandonada y la que ha padecido en forma directa el flagelo de la guerra en los últimos setenta años, en sus más diversas manifestaciones. Una característica de esa otra Colombia es el abandono del Estado central, del que solo se nota la presencia militar y nada más. Por tal razón, esas regiones han sido consideradas como zonas de orden público, focos de conflicto social, lugares de narcotráfico y territorios de guerra, y esa es la visión que se ha impuesto en la Colombia urbana con respecto a lo que sucede en esos lugares, que son

más lejanos para la mayor parte de colombianos que Miami o Cancún.

Cualquier aporte que se haga al conocimiento de ese otro país que existe en este mismo territorio es de indudable valor, como el que representa el pequeño libro que reseñamos. *Don Armando Montaña Ríos*, el título del libro, no alude a un individuo concreto, sino que es la denominación en la que confluyen muchos colombianos que llegaron como colonos al actual departamento del Guaviare desde la década de 1950, en sucesivas oleadas colonizadoras, para tumbar y “civilizar” selva. Porque el libro no es un testimonio individual sino el producto de entrevistas a colonos-campesinos, cuyas voces han sido ensambladas en un relato, mediante una técnica ya ensayada por otros investigadores sociales como Alfredo Molano en *Los años del tropel*. Ese mismo procedimiento fue propuesto y desarrollado por Orlando Fals Borda en sus estudios sobre la costa Atlántica; él lo denominó la *imputación*, que consiste en adjudicar los acontecimientos a un personaje cuya creación se basaría en un 90% de documentación y en un 10% de imaginación, principalmente literaria.

Un procedimiento similar se llevó a cabo para escribir este libro, ya que su autor, Henry Salgado Ruiz, efectuó un minucioso trabajo de campo en el Guaviare entrevistando a unas treinta personas, al tiempo que consultaba la poca documentación escrita existente sobre el tema, luego de lo cual sistematizó la información e “inventó” el personaje que habla en primera persona. Es una narración en la que se funden múltiples voces y que se presenta de una manera clara y concisa, a partir de una organización cronológica, como si se estuviera elaborando una historia de vida.

Esa historia transcurre en el Guaviare en los últimos cincuenta años y allí se narran las vicisitudes de los campesinos colombianos que huyen de la Primera Violencia y abren trocha en la selva, suponiendo que van a tener tranquilidad y paz en la región a donde han llegado, pero que luego sufren un encadenamiento de despojos, hasta el día de hoy. Lo dice el narrador: “Es una larga historia de luchas y trabajo, de amistades y guerras, de resistencias y persecuciones” (p. 32).

En forma sintética se narra esa historia en la que dichos campesinos intentan rehacer sus vidas en medio de todo tipo de dificultades, siendo la principal la ausencia estatal o, mejor, su presencia puramente represiva. Allí la presencia del Estado es nula en términos de regulación social y de servicios; solo se le siente como un ente anticampesino y contrainsurgente. Esta dura realidad de represión y muerte atraviesa el relato de principio a fin, considerando las diversas fases de la guerra que se han vivido en la región, desde la que soportaron los primeros núcleos colonizadores que llegaron en las décadas de 1950 y 1960 hasta el Plan Colombia. Se subraya que el campesino y el colono son odiados por las fuerzas armadas, y por ello se les controla, persigue y reprime, dado que no se acepta su capacidad de adaptación, resistencia y lucha.

En el testimonio colectivo del libro sobresalen los mecanismos de solidaridad y fraternidad que hicieron posible que los campesinos sobrevivieran en tan difíciles condiciones, al recalcar su papel activo como sujetos políticos que luchan por sus derechos, para lo cual es prioritaria la organización. Se describen las múltiples y variadas experiencias organizativas impulsadas en el Guaviare, como las del sindicato agrario, la junta de acción comunal, comités de colonos, comités cívicos y campesinos, incluyendo la influencia del Partido Comunista y de la Unión Patriótica.

Esta capacidad organizativa de campesinos del Guaviare explica las notables luchas que han generado en diversos momentos desde la década de 1970, temática a la cual se dedica una buena parte del relato, donde se cuenta sobre las marchas campesinas de 1985 y 1986, así como las de 1994 y 1996. Estas acciones se describen desde el sentir de sus protagonistas.

Y dado que la presencia del Estado en la otra Colombia, como en el Guaviare, “solo ha llegado en forma de fusil” (p. 51), el otro elemento que sobresale es el de la represión, una constante para impedir la organización y movilización de los campesinos. Tal represión ha adquirido las más variadas expresiones desde la década de 1970 cuando ya se señalaba a los campesinos como simples guerrilleros, a los que se debía perseguir

HISTORIA		RESEÑAS
<p>y matar, hasta la función criminal de los paramilitares como respuesta a las grandes marchas. Esa lucha cuesta, porque en Colombia no se acepta que las gentes humildes tengan derechos y se movilicen para hacerlos viables y, cuando lo hacen, sus acciones reivindicativas son consideradas como algo inaudito e inaceptable; se enfrentan con toda la fuerza represiva del Estado, a tal punto que se persiguen las formas convencionales de organización, como las juntas de acción comunal:</p> <p>Para el año de 1984, ser presidente de una Junta de Acción Comunal era como ponerse una lápida al cuello. Yo recuerdo que cuando uno le proponía a la gente que se lanzara a la junta, la respuesta era no, que preferían vivir. (p. 84)</p> <p>Una mancha interminable de sangre campesina y humilde se extiende por esa otra Colombia, y el Guaviare es un terrible ejemplo. En estas páginas se reconstruyen diversos momentos de esa persecución, agenciada por el Estado y por los paramilitares, a los que se señala con claridad como un cuerpo disfrazado del mismo Estado. En forma complementaria y contrainsurgente, cada demanda de los campesinos y cada conquista social, por mínimas que fueran, han tenido un elevado costo humano que se expresa en cientos de asesinados, desaparecidos, desterrados de la región o del país. Han sido asesinados no solo campesinos, sino profesores y todos aquellos que representarían algún intento organizativo independiente del bipartidismo.</p> <p>En el libro se mencionan las relaciones entre los campesinos y la insurgencia de las FARC, así como el impacto de la coca en la región. Se muestran los complejos nexos que en las zonas de colonización se establecieron entre los campesinos y el movimiento guerrillero, que desempeñó el papel del Estado en términos de regulación social y económica. También se describe la llegada y expansión de la siembra de coca, y cómo afectó la vida de los campesinos, económica y culturalmente, convirtiéndose en un factor que complicó la organización colectiva y dio rienda suelta al individualismo. A pesar de ello, en el Guaviare los campesinos siguieron resistiendo y por tal razón muchos de ellos llegaron a Bogotá, a</p>	<p>soportar peores condiciones que las que vivieron en su primer exilio hace medio siglo.</p> <p>Se detalla, así mismo, el tema de las fumigaciones con glifosato, la militarización de la vida cotidiana y la criminalización a la que han sido sometidos los campesinos, quienes incluso llegaron a ser identificados con alias para presentarlos como comandantes guerrilleros, lo cual justificaba su persecución por parte del Estado y su linchamiento mediático y judicial.</p> <p>Ya está claro el objetivo de la persecución contra los campesinos del Guaviare, que hoy tiene un tinte espeluznante con la quema de la selva que devora la región para convertirla en pastizales, atizada por parte de ganaderos y nuevos terratenientes. Como lo dice el autor en las últimas líneas del libro:</p> <p>Ellos quieren convertir al Guaviare en una pradera para el ganado, en una siembra inmensa de palma africana y, claro, seguir preparando el camino de su gran proyecto futuro: la explotación petrolera en Calamar, que será otra bonanza que pasa por el Guaviare, pero cuyos rendimientos tampoco se verán. O ¿por qué cree que nos sacaron de allá y montaron el tremendo batallón? (p. 131)</p> <p>En fin, este es un libro bien escrito, sin enmarañados lenguajes académicos ni jergas de moda, que nos ayuda a acercarnos a esa otra Colombia, de la que el Guaviare forma parte entrañable.</p> <p style="text-align: center;">Renán Vega Cantor Profesor Universidad Pedagógica Nacional</p>	